

Autopercepción del proceso de envejecimiento en la mujer entre 50 y 60 años

Anna Freixas
Universidad de Córdoba

El envejecimiento se concibe como un proceso de pérdida con dos vertientes: física —incontrolable— y motivacional, en el que la personalidad del individuo marcará el significado del proceso. Los aspectos positivos de la década de los 50 son: la madurez (experiencia, serenidad) —emergencia de los procesos ejecutivos de la mediana edad— y la libertad. Los aspectos negativos son: el descenso de las cualidades físicas y la soledad. Los factores que tradicionalmente se han considerado origen de sentimientos de envejecimiento en la mujer de mediana edad —como la menopausia o el nido vacío— carecen de valor en tal sentido. El bienestar en la mediana edad parece estar relacionado con tres situaciones personales: estar casada, tener hijos-as y trabajar fuera de casa. Esta última amortigua problemas personales y familiares.

Palabras clave: Mediana edad, mujer, psicología mujer.

Aging is understood as a process of loss through two aspects: one of physical decay which is out of control and the other of personal motivation in which the individual's personality will affect the process. The positive aspects of the 50's period are: maturity (experience, serenity) —emergence of middle-aged executive process— and personal freedom. The negative aspects are: a decay of physical capacity as well as a feeling of loneliness. The standard factors traditionally regarded as mark points in the making up of the aging system in middle-aged women, such as the menopause and the empty-nest syndrome, seem to have lost their conventional value in this case. Well-being in middle-aged women seems to be related to three personal situations: 1) to be married, 2) to have children and 3) to have a job. This last one counterbalances home and personal problems.

Key words: Middle-aged, Woman, Psychology of woman.

Es bien sabido que la mayoría de las investigaciones que se han realizado acerca del desarrollo de la personalidad adulta y de las transiciones propias de la mediana edad no han tenido en cuenta las diferencias de género y, en este sentido, podemos considerar que estos trabajos dan cuenta de la experiencia masculina y, por lo tanto, plantean una perspectiva exclusivamente masculina del desarrollo. No sólo han sido estudios hechos por hombres, sino que las muestras utilizadas han sido habitualmente masculinas y, por lo tanto, parece difícil generalizar estos resultados a ambos sexos.

Los conocidos estudios llevados a cabo por Erikson (1963; 1968) y Levinson (1978) —que proponen el desarrollo de la personalidad adulta a través de estadios unidireccionales, irreversibles, jerárquicos y universales en los que no se tienen en cuenta las diferencias individuales— se han realizado exclusivamente, también, con poblaciones masculinas. Las conclusiones que se obtienen de estos estudios demuestran que las experiencias vitales de los hombres están íntimamente relacionadas con la edad cronológica como una variable en la que se encajan continuas e ininterrumpidas series de acontecimientos, pertenecientes tanto a la esfera familiar como a la ocupacional.

Este tipo de modelo no funciona en la vida de las mujeres, para las cuales la edad adulta implica una gran variedad de modelos de rol, no tan centralmente vinculados a la edad cronológica. En la vida de las mujeres pueden presentarse numerosas combinaciones de profesión-matrimonio-hijos, con diferentes niveles de temporalización y compromiso que hacen que los roles de esposa, madre y trabajadora puedan adquirir significados diferentes en momentos determinados del curso vital, cosa que no ocurre en la vida de los hombres, cuya unidireccionalidad de los acontecimientos vitales parece mucho más clara.

Autoras interesadas en el tema, como Carol Gilligan (1982), en su estudio acerca de las diferencias en el desarrollo de la conciencia moral entre hombres y mujeres, han señalado reiteradamente que —como consecuencia de esta masculinización de los estudios evolutivos— nos hemos acostumbrado a ver la vida a través de los ojos de los hombres y, en este sentido, la vida y la experiencia de los hombres se han adoptado implícitamente como norma, en la que no caben las peculiaridades de la vida de las mujeres, cuya evolución está mucho más íntimamente vinculada a las relaciones humanas. Parece claro que —a lo largo del ciclo vital— las mujeres dan más importancia a las vinculaciones interpersonales, a la intimidad y a la función nutriente y de cuidado de los demás que los hombres y, por lo tanto, estos aspectos influyen en su desarrollo vital, más aún que la cronología marcada por la edad.

Erikson afirma que lo que caracteriza a la mediana edad es la generatividad —característica que se opone, en su terminología, al estancamiento. Esta generatividad supone que el individuo se implica en la orientación y el establecimiento de la próxima generación y se ponen de manifiesto cualidades personales como la creatividad y la productividad. Podemos considerar que esta generatividad es experimentada por las mujeres mucho antes que por los hombres, en la medida en que, desde la primera edad adulta, las mujeres están implicadas en funciones nutrientes —generativas en la terminología de Erikson— sin las cuales, en numerosas ocasiones, consideran su vida carente de sentido. En esta etapa

de generatividad Erikson supone que las personas de mediana edad evolucionan más allá de los intereses de intimidad, propios de la primera edad adulta, a una fase en la que comparten sus conocimientos y habilidades con los individuos más jóvenes y asumen una posición de liderazgo y toma de decisiones. Este modelo, básicamente masculino, carece de parangón en la vida de las mujeres, especialmente en la generación de la que hemos extraído los datos de este trabajo, cuyas limitaciones culturales, educativas y profesionales han circunscrito, en muchos casos, su generatividad al ámbito doméstico.

Erikson considera que la capacidad de reproducción y la maternidad son los determinantes más importantes de la identidad de la mujer adulta, mientras que los hombres pueden alcanzarla a través de su implicación en el campo intelectual, ocupacional o en actividades de carácter público.

Presupuestos básicos de la investigación

De acuerdo con estas consideraciones y partiendo de la idea de que, a lo largo de la vida, se van produciendo cambios en la personalidad de los individuos, nuestro trabajo ha pretendido conocer cómo las mujeres de mediana edad valoran estos cambios y qué atribuciones se dan a las transiciones propias de esta edad en la mujer que, como hemos dicho anteriormente, están connotadas socialmente de manera bastante negativa.

Para obtener esta información elegimos como instrumento básico la entrevista en profundidad que realizamos por medio de grabación en audio a treinta y una mujeres entre 50 y 60 años de una ciudad de provincias del sur de España. La población utilizada posee un nivel sociocultural de tipo medio e incluye mujeres de todos los estados civiles, trabajando y sin trabajar, con hijos y sin hijos. Las variables que se han tenido en cuenta para la selección de las personas entrevistadas han sido: edad, estado civil, situación laboral, hijos y nivel sociocultural.

Estas variables se han tenido en cuenta por razones diferentes, sin embargo, de todas ellas *dos* (la edad y el nivel sociocultural) han sido fundamentales porque han supuesto decisiones básicas en la medida en que han determinado las características de este trabajo y han homogeneizado la muestra.

a. *La edad* se centró entre 50 y 60 años, porque consideramos que el hecho de «cumplir 50 años» tiene significado para la mujer y puede llevar a una reflexión personal en la que por primera vez la mujer puede pensar que «empieza a envejecer».

b. *El nivel cultural* elegido ha sido un nivel medio, puesto que las características del tema tratado requerían personas que dispusieran de un nivel de abstracción y comunicación suficiente para hablar de sí mismas y de sus autopercepciones y vivencias con un cierto conocimiento. Eso no quiere decir que sean mujeres con estudios superiores, que las hay, si no que, a pesar de no haber estudiado, por las circunstancias que sea, poseen un ambiente sociocultural compensatorio que las nivela a otras mujeres con más estudios y les permite hablar de sí mismas con gran conocimiento y propiedad.

c. *Estado civil*. Se ha procurado incluir personas que se situaran en todos los posibles estados civiles para tener una visión más exacta del tema desde la perspectiva que ofrecen las diferentes situaciones civiles. La proporción de mujeres casadas es el doble de las mujeres de cualquiera de los demás estados civiles, reflejando la proporción que se encuentra en la población.

d. *Trabajo*. En este caso también hemos considerado importante disponer tanto de mujeres que trabajaran fuera como de mujeres que trabajaran en casa, porque esta circunstancia puede hacer variar en gran medida la perspectiva personal de las personas.

e. *Los hijos e hijas*. Tener o no tener hijos e hijas tiene mucho que ver en este momento de la vida de la mujer en que algunas de las transiciones importantes están ligadas a este hecho.

Estas entrevistas abarcan cuatro bloques de información que tratan los siguientes temas centrales: 1) características generales de la muestra, 2) conceptualización del envejecimiento, 3) la mediana edad y sus características y 4) temas centrales referentes a la mediana edad, cuyas conclusiones más significativas destacaremos posteriormente.

A partir de toda la información disponible nuestro trabajo ha consistido en analizar las respuestas y dar coherencia a una gran cantidad de ideas que se han ido transmitiendo a lo largo de las entrevistas. Evidentemente, el estudio del mundo de las personas nunca puede hacerse prescindiendo del contexto en el que se insertan éstas. Hay que tener en cuenta las culturas, los lenguajes, los símbolos y todos los elementos que constituyen su mundo; por lo tanto, en este marco, no hay leyes inmutables, ni modelos reduccionistas basados en evidencias lógicas. Si aceptamos el cambio como característica fundamental, nuestra interpretación será siempre dialéctica y los significados serán múltiples e inacabables.

El envejecimiento tiene muchos componentes: biológicos, psicológicos y sociológicos y el cambio que se produce en el transcurrir temporal *requiere una perspectiva múltiple* desde la cual comprenderlo, ya que no hay un único modelo de envejecimiento. En este sentido, nuestro objetivo ha sido la comprensión, dentro de los límites de nuestro momento histórico y cultural, y el acercamiento a una realidad de la que desconocíamos una gran parte. De todas maneras no hemos tratado de descubrir universales, ni de hacer predicciones que puedan servir siempre y, por supuesto, tampoco hemos pretendido controlar una realidad, sino explicar contextos y conseguir nuevos puntos de vista y nuevas comprensiones, considerando que la ambigüedad y la indeterminación, como aspectos inherentes a las interpretaciones, permiten una mayor amplitud de miras a las ciencias sociales y, en consecuencia, un incremento en la diversidad de los puntos de vista y una mayor comprensión de las situaciones concretas.

Algunas de las conclusiones más significativas

El envejecimiento

Las mujeres de nuestra muestra consideran que la edad cronológica poco

tiene que ver con el envejecimiento de las personas —quedando ésta relegada a un valor cuantitativo que va unido a un proceso biológico, difícilmente controlable por los individuos y que, como tal proceso de carácter físico, es responsable de algunos de los aspectos considerados negativos del transcurrir temporal, como pueden ser los problemas de salud, las arrugas, las limitaciones de independencia física y de movimiento, etc. En su opinión, pues, *envejecer no es una cuestión de edad* sino más bien una consecuencia de las características psicológicas del individuo, de su temperamento o de la manera en que las personas se enfrentan a las dificultades inherentes a la vida cotidiana.

Por otra parte, si bien envejecer —como hemos dicho— no es una cuestión de edad, sí parece claro que existe un acuerdo de que *envejecer es un proceso de pérdida*, física y motivacional, fundamentalmente, en el que la personalidad del individuo marcará el significado de este proceso de pérdida. Se considera que frente al envejecimiento físico una persona poco puede hacer, sin embargo se mantiene la idea de que el interés de las personas por mantenerse activas es la clave de un envejecimiento retardado. Esta motivación por seguir adelante, a pesar de las contrariedades con que todos los seres humanos tienen que enfrentarse a lo largo del tiempo, es la que determinará la satisfacción vital de cada uno y, en consecuencia, su calidad de vida.

Este mantenerse activo-a incluye los esfuerzos por mantenerse socialmente en contacto con los demás, tanto con personas de su propia generación como con la gente más joven. Es decir, mantenerse activo-a socialmente implicará, en determinados momentos, esfuerzos por impedir la reducción del mundo social que puede producirse en algunos casos, con motivo de la pérdida de los seres queridos próximos como familiares, amigos-as, etc.

Por otra parte, como veremos más adelante, las mujeres de nuestra muestra consideran que los factores que tradicionalmente se han considerado origen de sentimientos de envejecimiento en la mujer —como la menopausia o el nido vacío— carecen de valor en tal sentido.

La década de los 50

La década de los 50 se vive de manera fundamentalmente normal y desdramatizada por la mayoría de las mujeres. En esta etapa se destaca la emergencia de los llamados «procesos ejecutivos» de la mediana edad, que incluyen cualidades como: autoconciencia, selectividad, manipulación y control del entorno, dominio y competencia, etc.

Por lo tanto, a partir de esta edad, la mujer, si bien pierde cualidades físicas, dispone progresivamente de más recursos personales, emocionales y psicológicos como madurez, equilibrio, reflexión y experiencia que le permiten dominar la vida cotidiana como anteriormente nunca había conseguido. Este progreso psicológico personal es reconocido como un factor especialmente positivo de esta edad por las mujeres de nuestro trabajo y junto a él se destaca como aspecto positivo *la libertad* que, como conquista personal, es un elemento de gran valor para

las mujeres de esta generación que han vivido siempre sometidas a las diversas jerarquías (padre, marido e incluso hijos).

Por otra parte, *los aspectos que se consideran negativos* en esta edad están muy relacionados con la realidad sociológica de las personas de la muestra que, dada la época en la que han vivido, han carecido de estudios y de trabajo remunerado fuera de casa, e incluso, en algunos casos, han perdido su trabajo al casarse. En este sentido vemos que existen tres temores fundamentales: 1) Tener que *depender de los demás* —física o económicamente— cuando sean mayores, 2) *La inseguridad económica* cuando se piensa en el futuro y 3) *La soledad*, posiblemente derivada de la mayor libertad e independencia de que goza la mujer a medida que se hace mayor.

Nos parece interesante señalar el doble valor que para la mujer tienen algunos de los procesos psicológicos de la madurez. Encontramos algunos procesos que se plantean como las dos caras de una moneda en las que un factor positivo va inevitablemente acompañado de otro negativo. Así pues, por un lado como factor positivo tenemos los *progresos ejecutivos de la madurez*, es decir, las mejoras psicológicas que experimenta la mujer en la mediana edad que, sin embargo, como *factor negativo*, se producen en el mismo periodo en el que la mujer se hace consciente de una notable pérdida en sus cualidades físicas, es decir, en este caso encontramos la dialéctica entre *dominio personal y pérdida de belleza física*. En otras ocasiones también encontramos el mismo fenómeno, por ejemplo, cuando analizamos la doble vertiente con que se vive la progresiva libertad e independencia de la mujer en la mediana edad, libertad que, sin embargo, puede propiciar la aparición de sentimientos de *soledad*, temor, éste, que —como hemos señalado anteriormente— se configura como uno de los más importantes en esta época.

Cuando hablan de sí mismas es reseñable el hecho de que se sienten profundamente jóvenes aunque consideran que las personas que las rodean —que habitualmente tienen su misma edad— sí son mayores. Algunos factores externos —como las señales de carácter físico indicativas de deterioro, como por ejemplo, las arrugas— son los que van dando la alerta de la edad real e inducen un proceso de autopercepción del envejecimiento.

La evolución de la vida en los últimos años

Sienten que su vida ha *evolucionado positivamente* en los últimos años y la fuente de este pensamiento reside en la progresiva libertad de que se disfruta, libertad material y libertad interior, psicológica, entendida como superación de cortapisas anteriores.

Esta evolución positiva tiene, en muchos casos, su origen en dos elementos que se consideran clave:

1. Los hijos y las hijas como dinamizadores de los procesos de evolución mental y personal de sus madres y
2. La viudedad y la separación que, a pesar de tener características diferentes, ambas actúan como potenciadoras de los llamados «procesos ejecutivos»

y posibilitadoras del descubrimiento de capacidades personales, desconocidas hasta el momento.

La menopausia y la vida sexual

Por lo que se refiere a los temas concretos de la mediana edad vemos que *la menopausia* no se considera un hecho significativo en la vida de la mujer. Las personas de nuestra muestra manifiestan un desinterés notable por este tema y no le otorgan ningún valor significativo en sus vidas. Hemos considerado interesante observar la relación que parece existir entre una vivencia positiva o despreocupada de la menopausia y la satisfacción personal de la mujer. Así pues, las mujeres que trabajan fuera de casa y poseen una situación afectiva y emocional equilibrada tienen una opinión habitualmente más favorable de la menopausia y manifiestan no haber sufrido trastornos dignos de reseñar en este periodo.

La menopausia, por otra parte, no afecta la *vida sexual* de las mujeres de nuestra muestra, al menos como relación directa. Hay un reconocimiento de que la liberación del temor al embarazo supone una mejora en la vida sexual de la pareja, aunque esta liberación de los temores de la mujer puede coincidir, fatalmente, con determinadas coyunturas vitales que hagan imposible, o simplemente difícil, la satisfacción de sus nuevas posibilidades sexuales. Estas coyunturas se refieren, por una parte, a la dificultad que la mujer de mediana edad puede tener para encontrar una nueva pareja, en una sociedad en la que se prima la juventud y, por otra, a los problemas de habilidad sexual que frecuentemente presenta su pareja, a su vez afectada por los aspectos psicológicos de la vivencia de su propia menopausia y proceso de envejecimiento que inciden en su conducta sexual.

La marcha de los hijos y las hijas

Otro de los temas habitualmente señalado como importante en el origen de sentimientos de envejecimiento en la mujer de mediana edad es el *nido vacío*. La maternidad destaca como un hecho valorado muy positivamente por todas las mujeres de la muestra que son madres. Se considera que la relación con los hijos-as va cambiando a lo largo de los años, normalmente para mejorar y se reconoce con agradecimiento el papel que los hijos y las hijas han tenido en la evolución personal de sus madres.

La marcha de éstos-as se considera un momento crítico en la vida de la mujer, especialmente en el caso de las mujeres que han dedicado su vida al cuidado de la familia y se elaboran numerosas posibles salidas para esta situación de conflicto. Sin embargo, no manifiestan sentimientos de inutilidad derivados de la marcha de hijos e hijas, especialmente en el caso de las mujeres que trabajan fuera de casa. Una vez más, como hemos visto con la menopausia, el trabajo fuera de casa y las relaciones interpersonales que de él se derivan se plantea como un antídoto a las diferentes posibles situaciones conflictivas de la mediana edad.

Aspectos sociales

Reiteradamente encontramos la convicción de que tener una vida socialmente activa —en cualquiera de las modalidades de la actividad social: trabajo, familia, amigos-as, actividades culturales, etc.— es la clave para mantenerse psicológicamente equilibrada. Sin embargo, vemos que las mujeres de nuestro trabajo tienen poca actividad social, especialmente las mujeres que no tienen pareja. La mayoría de las actividades de entretenimiento y ocio que practican son de carácter individual y no implican la concurrencia de otras personas. Los pocos contactos sociales que mantienen suelen consistir en pasear o charlar con alguna amiga, o asistir a algún espectáculo público.

Piensan que la sociedad considera despectivamente a la mujer de mediana edad ya que va perdiendo los dos valores socialmente más cotizados: la juventud y el atractivo físico. Este desinterés que la sociedad manifiesta por la mujer de esta edad aseguran, también, que tiene su origen en el hecho de que, tradicionalmente, la mujer ha permanecido en la casa y, por lo tanto, no ha estado integrada en los círculos del poder. Este fenómeno social no se produce en el caso del hombre que no sufre la doble discriminación de la mujer al envejecer —ser mujer y ser mayor— y por lo tanto, aunque envejezca su poder y atractivo parecen no disminuir socialmente.

El hombre de mediana edad desde el punto de vista de la mujer

Las mujeres de nuestro trabajo tienen una opinión bastante negativa de los procesos que experimenta el hombre en esta misma edad. Respecto al envejecimiento consideran, de manera unánime, que el hombre envejece antes y peor que la mujer, por razones que podemos resumir en pocas palabras. El hombre, aseguran, no acepta que envejece —mientras que la mujer sabe desde pequeña que su belleza va disminuyendo con los años y, por lo tanto, lo acepta desde siempre—; además, el hombre no se adapta a los cambios de los tiempos como lo hacen las mujeres —normalmente impulsadas por sus hijos e hijas y por la emergencia de los valores ejecutivos de la mediana edad— y, finalmente, para los hombres de esta generación, que habitualmente han hecho del trabajo la única fuente de realización personal, la jubilación supone un elemento precipitador de los sentimientos de vejez e inutilidad, que no se suelen dar en las mujeres cuya multiplicidad de roles amortigua este problema.

En cuanto a la posible existencia de una menopausia masculina las mujeres aseguran que los hombres viven también una menopausia, más agudizada que en el caso de las mujeres, porque los hombres en ella ven el *origen de su vejez y consideran que está en juego su virilidad*. En cualquier caso, la clave de la diferente vivencia de este proceso radica, en su opinión, en el hecho de que los hombres, en este caso como en el del envejecimiento, no lo aceptan y su conducta sexual se ve frecuentemente alterada por ello.

Autopercepción y autoexclusión

A menudo encontramos el hecho de que las mujeres de nuestra muestra *no se incluyen a sí mismas* en determinados grupos de su misma edad y situación personal, produciéndose un fenómeno de autoexclusión a través del cual otorgan características tradicionales o pensamientos ancestrales, transmitidos de generación en generación, a las demás personas, pretendiendo que su proceso personal es «diferente» e «individual» y que ellas se encuentran libres de tales pensamientos tradicionales.

Esto es así, por ejemplo, cuando hablan del envejecimiento de las demás personas, de sus amigas y amigos, de sus parejas, a las cuales definen como «gente mayor», porque carecen del «espíritu» que ellas se atribuyen a sí mismas, probablemente como consecuencia de los procesos psicológicos positivos propios de la mediana edad, que favorecen en ellas una autoimagen positiva; considerando que las personas que las rodean carecen de este renacer que ellas viven interiormente. También podemos constatar este fenómeno de autoexclusión cuando afirman que las demás mujeres viven la menopausia de manera más negativa que ellas; o cuando se refieren a sus intereses personales frente a los que atribuyen a las demás mujeres de su edad, o cuando valoran sus propias preocupaciones personales y las que asignan a las demás personas. En todos los casos se ven ellas más interesantes, jóvenes, activas y liberadas que sus congéneres aunque, de alguna manera, reproducen los estereotipos sociales, de los que se creen libres, al asignárselos a su grupo de edad.

Los sentimientos de frustración

Sin embargo, en cuanto al balance que se hace de la vida podemos constatar que existe un sentimiento importante de frustración en todas las mujeres de nuestra muestra, aunque éste se manifiesta de manera especial en el caso de las mujeres solteras y divorciadas. Esta frustración tiene diferentes orígenes:

1. No haber estudiado, por la razón que sea (no haber podido, no haber querido, no haberlo considerado importante, etc.)
2. No disponer de una pareja o, en caso de tenerla, el descontento producido por una relación afectivamente insatisfactoria.
3. No tener un trabajo remunerado fuera de casa, con todas las consecuencias que se derivan de ello en cuanto a independencia económica y personal.
4. Aquilatar el tiempo que queda por vivir, constatando que no se pueden modificar determinadas cosas.

Así pues, los resultados de esta evaluación nos llevan a reflexionar sobre la importancia de algunas de las determinaciones que la mujer toma en momentos tempranos de la vida que marcarán definitivamente el curso de su existencia, en la medida en que son irreversibles y, en consecuencia, limitará la posibilidad de dirigir y/o reconducir la propia vida en momentos de crisis o replanteamiento personal.

Estado civil y bienestar personal

Finalmente, queremos señalar algunas hipótesis relacionadas con los diferentes estados civiles de la mujer en la mediana edad, que parecen confirmarse en nuestro trabajo y que creemos interesante explorar con mayor detalle en posteriores estudios.

Una de ellas se refiere a la concurrencia de determinadas situaciones vitales que parecen favorecer el sentimiento de satisfacción personal en la mujer. Así pues, vemos que hay tres elementos que se han demostrado claramente fuentes de bienestar en la vida de la mujer: estar casada, tener hijos-as y trabajar fuera de casa; probablemente porque la mujer casada vive un estatus social que le posibilita un mayor reconocimiento en la sociedad que favorece sus sentimientos de identidad; y porque tiene, también, mayor seguridad económica y gratificaciones sexuales, además de un aparente equilibrio emocional.

La viudedad aparece como un estado óptimo en la vida de la mujer en el que, superado el trauma inicial, la mujer vive un proceso de madurez y dominio personal que le permite un control hasta el momento desconocido de su propia vida. La mujer viuda tiene independencia económica y personal y reconocimiento social. Entre las mujeres de esta generación lo peor de la viudedad es la privación afectiva y las limitaciones de relación social a las que las mujeres viudas se ven abocadas.

La situación de la mujer divorciada no parece ser tan favorable, aunque en determinados momentos pudiera parecer similar a la de la mujer viuda; pero no lo es, fundamentalmente porque la mujer divorciada carece del reconocimiento de estatus social de que dispone la viuda y su situación económica suele sufrir un importante quebranto, amén de que tiene que compartir la tutela de los hijos e hijas con el ex marido.

Estas últimas consideraciones son sólo ideas que creemos requieren un estudio más detallado que analice todos los elementos que pueden relacionarse con la satisfacción personal y el estado civil de la mujer de mediana edad.

La teoría psicológica y la mujer de mediana edad

Toda esta información supone una aproximación panorámica a la mujer de mediana edad que nos lleva a hacer hincapié en la necesidad de que la teoría psicológica modifique algunos de sus planteamientos actuales e incluya en su investigación el estudio de la vida de las mujeres de mediana edad, más allá de los estereotipos actualmente en vigor.

La teoría psicológica establece todavía algunas diferencias entre los hombres y las mujeres de mediana edad. Una de ellas radica en la importancia que se otorga a la participación de las personas en las esferas públicas de la vida cultural, en las que se incluyen el éxito económico, la dedicación profesional, la satisfacción en el trabajo y otros logros relevantes en la vida. Estos temas se consi-

deran centrales en el desarrollo adulto de los hombres, sin embargo casi no se mencionan en el caso de las mujeres; a pesar de que las mujeres no sólo están actualmente implicadas en todas las áreas del desarrollo cultural, sino que estos roles frecuentemente suponen para ellas fuentes importantes de autoidentificación. Así pues, por tomar un ejemplo, a pesar de que la vinculación de la mujer al trabajo puede ser tan significativa como la del hombre, vemos que casi no hay estudios que analicen el efecto que la jubilación tiene en la vida de la mujer, mientras que en todas las investigaciones este aspecto se ha considerado crucial en el ajuste social y personal del hombre.

Las pocas veces que encontramos estudios acerca del desarrollo de las mujeres en la mediana edad vemos que éstos se centran casi exclusivamente en la esfera biológica, valorando básicamente la edad cronológica y la posición de la mujer en el ciclo marital-reproductivo. En la teoría psicológica las mujeres parecen ser identificadas prioritariamente por sus diferentes relaciones sexuales y reproductivas.

La mujer de mediana edad posee una entidad propia que abarca multitud de facetas y aspectos más allá de los estrictamente ligados a la biología a los que la conceptualización tradicional la ha circunscrito y como sujeto de estudio ha sido completamente olvidada por la investigación psicológica. En los casos en los que se la ha tenido en cuenta los estudios han mantenido un planteamiento unidireccional y descorazonador. Esta dificultad de la teoría psicológica para proporcionar un conocimiento más rico y diferenciado del desarrollo del curso vital de la mujer puede atribuirse, en parte, a que se trata de un campo de estudio todavía joven y también a que esta visión sirve para mantener las estructuras dominantes, ya que vincular la biología al curso vital de la mujer mantiene la estructura patriarcal de poder (Brittan, 1989; Lipson-Blumen, 1984, Gergen, 1990).

Por regla general, pues, las investigaciones sobre el desarrollo del curso vital de la mujer en la madurez han tomado como objetivo primordial de estudio el declinar de su cuerpo (Grandberg y Grandberg, 1985). En el futuro las investigaciones deberán tratar de liberarse de esta biologización (Parlee, 1973) si queremos disponer de un conocimiento amplio y ecuánime; necesitamos investigaciones que construyan un conocimiento más rico y diferenciado acerca de las mujeres, estudios que abran y expandan el espectro de posibilidades, ya que las mujeres pueden conceptualizarse como entidades culturales amplias (Belenky, Clinchy, Goldberger y Tarule, 1986; Fausto-Sterling, 1985; Martin, 1987), por ejemplo, llevando su experiencia en el mundo laboral a una posición de centralidad y ampliando o abriendo otras áreas.

Las mujeres tienen un papel importante en el mantenimiento de todas las formas de vida dentro de la cultura, desde el punto de vista de su responsabilidad moral, de su contribución a la cohesión social, de su apoyo a la vida de las personas que se encuentran en situaciones de inferioridad en cuanto a su posibilidad de competir (mayores, enfermos, jóvenes) y de su posición de líderes espirituales, de educadoras y como fuerza política todavía desconocida. Las mujeres deben ser consideradas, pues, desde la perspectiva de su realidad total, como las que controlan una gran parte del dinero, originan una parte importante del arte, sostienen instituciones culturales e influyen, de alguna manera, una parte impor-

tante de los procesos de decisión. Muchas de las contribuciones de las mujeres a estos procesos no se reconocen y este desequilibrio proviene, en gran medida, de las formulaciones teóricas tradicionales y su aplicación en las ciencias sociales y en la cultura (Gergen, 1990). Estas nuevas teorizaciones deberán proporcionar nuevas identidades en las mujeres maduras para eliminar las teorías actuales, negativas y unidireccionales, permitiendo una comprensión de la mujer de mediana edad multifacética y positiva.

REFERENCIAS

- Belenky, M.C., Clinchy, B.M., Goldberger, N.R. & Tarule, J.K. (1986). *Women's ways of knowing*. New York: Basic Books.
- Brittan, A. (1989). *Masculinity and power*. Oxford: Blackwell.
- Erikson, E.H. (1963). *Childhood and Society*. New York: Norton. (Trad. cast. en Paidós).
- Erikson, E.H. (1968). *Adulthood*. New York: Norton.
- Fausto-Sterling, A. (1985). *Myths of gender: Biological theories about women and men*. New York: Basic Books.
- Gergen, M.M. (1990). Finished at 40. Women's Development within the Patriarchy. *Psychology of Women Quarterly*, 14, 471-493.
- Gilligan, C. (1982). *In a different voice. Psychological theory and women's development*. Cambridge, MA: Harvard University Press.
- Grandberg, D. & Grandberg, B.W. (1985). A search for gender differences on fertility-related attitudes: Questioning the relevance of sociobiology theory for understanding social psychology aspects of human reproduction. *Psychology of Women Quarterly*, 9, 431-438.
- Levinson, D.J., Darrow, C.N., Klein, E.B., Levinson, M.H. & McKee, B. (1978). *The seasons of a man's life*. New York: Knopf.
- Lipson-Blumen, J. (1984). *Gender roles and power*. Englewood Cliffs, NJ: Prentice-Hall.
- Martin, E. (1987). *The woman in the body, a cultural analysis of reproduction*. Boston: Beacon Press.
- Parlee, M.B. (1973). The premenstrual syndrome. *Psychological Bulletin*, 83, 454-465.